

Santiago, 1° de Mayo de 1955.

Señor don
Arturo Alessandri R.
Presente.

Estimado don Arturo,

he tenido conocimiento de que Ud. consideraría como una ofensa el hecho de que no se le reeligiera Presidente del Colegio de Abogados.

Como por mi parte tengo pensado no votar por su reelección y jamás se me pasó por la mente que con ello causara a Ud. ninguna ofensa ni agravio, creo que la franqueza debida entre buenos amigos me impone el deber, ante la noticia que he recibido, de explicarle las razones de mi determinación.

Bien conoce Ud. el respeto, la admiración y el afecto que le profeso. Esos sentimientos, -en virtud de los cuales he sido tildado de "Alessandriista"- me han movido a estar al lado suyo en varias ocasiones importantes que no necesito recordarle, y hace cuatro años me indujeron a contribuir, no solo con mi voto, a su elección en la Presidencia del Consejo General de nuestra Orden.

Pero la amistad no significa adhesión indiscriminada e irracional, en todo y para todo. Ella exige el respeto de la personalidad de cada cual y, en consecuencia, admite entre los amigos diferencias, aún fundamentales, de sentimientos, opiniones, gustos, etc.- Al recordárselo, don Arturo, quiero junto con demostrarle que no hay agravio a su persona en el hecho de que algunos amigos suyos pensemos que don Raul Varela debe ser el próximo Presidente del Colegio, hacerle presente que a mi juicio, la causa primera de la situación producida en nuestra Orden, ha sido precisamente cierta intolerancia suya a admitir que se discrepe de lo que Ud. cree o desea.

Sus extraordinarias condiciones y la pleitesía que muchos le rinden, han conducido a Ud. -sin duda inconscientemente- a colocarse en un plano superior al del común de los mortales. Este fenómeno, cada vez más acentuado, ha sido ostensible en el último tiempo en sus relaciones con el Consejo. Si Ud. rememora, advertirá que en los dos últimos años, las más de las veces en que ha presidido nuestras sesiones durante sus cortas permanencias en el país, lo ha hecho con aire de aburrimiento o dando muestras de desagrado; que en varias ocasiones nos ha dicho impertinencias y que muy frecuentemente se ha molestado sin motivo razonable.

A esto debe agregarse la idea, absolutamente equivocada e injusta, que Ud. se ha formado y no oculta, de

que algunos consejeros haríamos política partidarista en el Consejo. En más de una oportunidad, la última en la sesión en que formamos terna para la designación del Consejero Abogado en la Caja de Empleados Públicos, he debido rebatir con energía semejante idea, pero comprendo que la confianza que yo creía merecerle no ha sido suficiente para desvirtuar de su ánimo esa falsa impresión.

Las circunstancias anotadas fueron, en mi concepto, más que ninguna otra cosa, las determinantes del ingrato ambiente de suspicacias que hemos estado viviendo en el Consejo y dentro del cual llegamos a las recientes elecciones.

Por mi parte, estaba decidido a no volver al Consejo. Desgraciadamente, un sector profesional, con el apoyo suyo, creyó conveniente afrontar la elección con una lista que Ud. encabezó y bajo la consigna de "eliminar a los falangistas y a los "beatos" del Consejo". Esa lista, de marcada fisonomía política, fue la primera en aparecer, y su formación, en la que Ud. participó activamente, constituyó un desafío para los sectores que en ella fueron preteridos y que nosotros, por dignidad, no pudimos rehuir.

Terminado el proceso electoral con el resultado que todos conocemos, no puede Ud. ahora rehuir las consecuencias de la lucha que Ud. mismo contribuyó a promover. La considerable mayoría obtenida por don Raul Varela, lo señala de modo imperativo para ocupar la Presidencia de la Orden. Con ella el gremio quiso honrar y hacer justicia al hombre que durante los últimos dos años, ha soportado el mayor peso en las tareas del Consejo General y que dirigió con admirable acierto el Primer Congreso Nacional de Abogados. Esa mayoría significa que actualmente es Varela el abogado que mejor representa a sus colegas.

Había creído hasta ahora -y el alto concepto que de Ud. tengo me induce a seguir creyendo- que Ud. sabrá aceptar la lógica de los hechos, máxime cuando son el fruto de sus propios actos. Si así fuera, podríamos designar, en perfecta armonía y por unanimidad, una mesa integrada por don Raul Varela y, como Vice-Presidente, por don Carlos Vicuña u otro colega en que nos pusiéramos de acuerdo. Tal solución, que el interés de la Orden aconseja, no tendría nada de agravante para Ud., especialmente si se tienen en cuenta sus anunciados propósitos de ausentarse de nuevo del país. Saldría Ud. dignamente, con todos los honores que le son debidos.

Pero si por desgracia no se hallare Ud. en este predicamento, ha de comprender que carece del derecho de sentirse ofendido porque sus amigos no descimos la voz de nuestros cole-

gas y no cometemos la injusticia de no designar a don Raul Varela en el cargo para el cual lo señaló el resultado de la elección.

Antes de terminar, quiero hacerle presente del modo más categórico, que don Raul Varela es absolutamente ajeno a todo esto. El no ha buscado la situación producida, ni ha pedido a nadie un solo voto.

Nada sentiría más, don Arturo, que la leal franqueza de esta carta le causara alguna molestia. Pienso que éste, y no el del adulo, es el verdadero lenguaje de la amistad, y espero que Ud. sabrá comprenderlo así.

Regándole seguir contando con mi invariable afecto, queda de Ud. affmo. amigo

Patricio Aylwin A.

P.S. Esta carta, estrictamente personal, no es conocida por nadie.